

MR. FRIEDMAN Y SU RECETA PARA LA ECONOMIA CHILENA

EL autor de esta nota, en el momento de redactarla, siente un instante de escalofrío, producido, indudablemente, por el hecho de que la misma va a criticar a uno de los «monstruos sagrados» de la ciencia económica de nuestro tiempo. Nada menos que a Milton Friedman, de la Universidad de Chicago, apóstol del monetarismo y del libre mercado, y —como él mismo lo confiesa en su conferencia del pasado 24 de marzo en Santiago de Chile— poco conocedor de la economía chilena.

Efectivamente, el texto de esa conferencia demuestra que su conocimiento de la economía chilena —y, en general, de la de los países subdesarrollados— es más bien escaso. De ahí sus recetas, impregnadas además de un absoluto carácter reaccionario y antipopular.

Claro, que tampoco vamos a pedirle peras al olmo. Precisamente para eso fue allí el señor Friedman. El ciclo se denominaba «Economía social de mercado», y entre las entidades patrocinadoras estaba, ¡oh sorpresa!, la Confederación de Dueños de Camiones de Chile, entidad que, financiada por la CIA —como se demostró fehacientemente hace escasos meses—, fue la promotora de los paros de octubre de 1972 y de julio de 1973. Nos imaginamos entre los asistentes a la conferencia al intrépido Villarín (o Pillarín, para sus amigos), distinguido presidente de la Confederación, escuchando emocionado a otro adalid de la libre empresa.

Pero veamos lo principal del recetario de mister Friedman. Comienza su intervención recordando el convenio celebrado en 1955 entre la Universidad de Chicago y la Universidad Católica de Chile, convenio al amparo del cual se formaron los llamados «Chicago boys», todos ellos de distinguidas familias chilenas y hoy en el poder y con el país en sus manos como formidable laboratorio para la aplicación de sus teorías «made in USA».

Tras este atrevido recuerdo, el señor Friedman declara que los problemas que enfrenta Chile son en estos momentos dos. Transcribiendo textualmente: «En primer lugar (y muy obvio), el problema de la inflación. Y luego, en segundo lugar, el problema de desarrollar y establecer una ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO (siempre con mayúsculas en el original) vigorosa, una ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO que le permita a Chile despegar en un crecimiento económico sostenido, para compartir todos los beneficios derivados por parte de sus ciudadanos».

En seguida el conferenciante afirma que la inflación no es un fenómeno exclusivamente capitalista, añadiendo que hoy en día la tasa de inflación más alta de Europa está en Yugoslavia, y la más baja en Alemania Federal, lo que debió

arrancar muestras de satisfacción de su auditorio. Mala información estadística la del conferenciante, que parece olvidar los rápidos ritmos de crecimiento de los precios en Islandia, Turquía o Grecia, así como en Gran Bretaña o en Italia. También olvida la escasa inflación en países como la Unión Soviética, Alemania Democrática o Polonia, desde luego inferior a la de Alemania Federal.

Carmelo R. Fuente

Luego, mister Friedman analiza la inflación chilena, y tras afirmar que «la inflación es un fenómeno de prensas de impresión (de dinero), se pregunta cuál es la única fuente de producción de dinero en Chile. La respuesta es sencilla: el Gobierno».

La consecuencia es obvia. Para terminar con la inflación: «Hay un sólo camino. Uno solamente. No hay dos. Se termina con la inflación, dejando de imprimir tanto dinero». Pero, ¿cómo se logra esto? «¡Hay una sola forma, sólo una! Consiste en reducir los gastos del Gobierno».

Tras ello, la receta detallada: «Una fuerte reducción de los gastos del Gobierno, una reducción del orden del 20 al 25 por 100, es una precondición absoluta para un término satisfactorio de la inflación que ahora está experimentando Chile».

¿Cómo se debe llevar a cabo esta reducción? El conferenciante se pregunta si gradualmente o no, y se contesta que no cree que para Chile una política de gradualismo tenga sentido. Tras lo cual recomienda —textualmente— un «tratamiento de "shock"». Quizá haya tomado esta denominación de la película del mismo título, de sugerente —y coincidente— contenido.

La receta se completa con un canto al mercado, a lo que llama economía social de mercado, artificio único del milagro alemán, caso que contrasta con lo ocurrido en Gran Bretaña, país que «adoptó políticas de socialismo y de planificación centralizada (sic)».

Sólo ampliando, mejorando y fortaleciendo el mercado —y reduciendo el tamaño, ámbito y función del Gobierno— se establece una base firme para un crecimiento económico sano de Chile.

Mister Friedman señala luego que hay que eliminar los obstáculos en el mercado, pero también los subsidios. Tras lo cual afirma algo totalmente cierto: «Muy pocos hombres de negocios creen realmente en la libre empresa. Todo hombre de negocios está a favor de la empresa privada... para los demás. No para él. El quiere concesiones especiales del Gobierno.

El quiere que el Gobierno le dé crédito barato. Quiere que el Gobierno establezca barreras aduaneras que le protejan a él de la competencia...».

Todo ello es cierto, pero falta añadir que al menos los más poderosos, los dominantes, no solamente quieren todo eso, sino que lo consiguen, con lo que el mercado es un instrumento para la consecución de sus fines.

En resumen, la receta que mister Friedman da a los chilenos es sencilla: más mercado y más de prisa.

Las recientes medidas económicas adoptadas, las que incorporan —o pretenden llevar a cabo— una reducción del gasto público del 20 por 100, demuestran que, efectivamente, los «Chicago boys» son alumnos aplicados.

Claro, que esa política es, por un lado, inadecuada —y el tiempo



Milton Friedman, apóstol del monetarismo y del libre mercado.

lo demostrará—, y por el otro tiene unos costes altísimos, medidos especialmente en desempleo abierto y encubierto, así como en insuficiencia salarial de más de dos tercios de la población.

Actualmente, es decir, antes de que se haya empezado ese tratamiento de «shock», el desempleo abierto alcanza una cifra del orden del 12 al 14 por 100. El desempleo encubierto, o sea, personas que «trabajan» en empleos de nula productividad, especialmente en el gigantesco sector servicios, puede ser del orden del 25 al 30 por 100. Con el tratamiento, el desempleo abierto llegará fácilmente al 20 por ciento.

El tratamiento agudizará, además, la penuria salarial y de ingresos de un amplísimo sector de las capas medias, ya empobrecidas crecientemente por el actual Gobierno.

Colocará en dificultades mayores que las actuales a la pequeña y mediana empresa y reforzará todavía más los ingresos de los sectores monopolistas y de los grupos privilegiados.

Claro, que todo ello no parece importar mucho a los cerebros económicos. Ni al superministro Causas ni al «supersabio» Sáez, ni tampoco al ex ministro de Economía y hoy «hombre fuerte» de la Corporación del Cobre, Fernando Leniz, procedente de las filas de «El Mercurio».

Por supuesto que mucho menos les importa a los uniformados, quienes mientras haya estado de excepción y toque de queda gozan de jugosos sobresueldos.

Sin embargo, les preocupan o no sus consecuencias sociales, los problemas económicos son muy graves. El producto nacional bruto prácticamente no creció en 1974, debido sobre todo a la caída de la producción industrial por la crisis de ventas que llevó a la quiebra a muchas industrias. La inflación fue del 375 por 100, y en los cuatro primeros meses de este año —cifras siempre oficiales—, supera el 95 por 100, porcentaje mayor que el del cuatrimestre equivalente del año anterior.

Por su parte, la balanza de pagos parece inmanejable. El año pasado, a pesar del precio promedio del cobre, de cerca de un dólar la libra, y de la renegociación de los pagos del año en el Club de París, hubo una importante pérdida de reservas. Este año, el precio esperado para el cobre no llegará a sesenta centavos, con lo que se prevé un déficit, a financiar en parte con nuevos préstamos y aplazamientos, de cerca de mil millones de dólares. Habrá que acudir, además, a reducir importaciones, lo que causará efectos de mayor empobrecimiento en amplias capas del país.

Lo sucedido recientemente en el Club de París ha demostrado que el actual Gobierno chileno está aislado. Varios países, entre ellos el Reino Unido e Italia, se han negado a renegociar los pagos chilenos de 1975. El resto de integrantes del Club (Alemania, Canadá, España, Estados Unidos, Francia, Japón y Suiza) acordaron no reunirse con Chile para negociar, sino presentarle unas condiciones generales que ese país debe aceptar, condiciones que son más duras que las acordadas en 1974 y que, además, van acompañadas en la declaración final de una mención expresa de que por parte de ese país se respeten los derechos humanos.

Como declaraba el ministro señor Sáez a «El Mercurio» del 17 de mayo, se ha logrado un favorable acuerdo (sic) entre ambas partes. Quizá olvidaba el señor ministro que en ese «acuerdo», su país se limitó a tomar nota de lo efectivamente acordado entre los países acreedores. ■